

#10,00

ICONOS 10

Revista de FLACSO-Ecuador
No 10. Abril, 2001

Los artículos que se publican
en la revista son de exclusiva
responsabilidad de sus autores,
no reflejan necesariamente el
pensamiento de **ICONOS**

Consejo editorial

Felipe Burbano de Lara (Editor)
Edison Hurtado (Co-editor)
Franklin Ramírez
Alicia Torres
Mauro Cerbino
Eduardo Kingman

Traducción:

Bryant Richardson

Producción:

FLACSO-Ecuador

Diseño e ilustraciones:

Antonio Mena

Impresión:

Edimpres S.A.

FLACSO-Ecuador

Dirección: Ulpiano Páez N 19-26 y Av. Patria

Teléfonos: 232-029/ 030 /031

Fax: 566-139

E-mail: fburbano@flacso.org.ec

ICONOS agradece el auspicio del
Instituto Latinoamericano de Ciencias
Sociales (ILDIS)

Índice

5
Renovación

Coyuntura

8
Crisis, iniquidad y el espectro predatorio del Estado ecuatoriano
Interpretación política de la coyuntura 1998-2000
César Montúfar

18
**Un barco que se hunde,
un archipiélago que se contamina
o un país encallado**
Teodoro Bustamante

Dossier

28
El levantamiento indígena ecuatoriano de 2001: una interpelación
Manuel Chiriboga

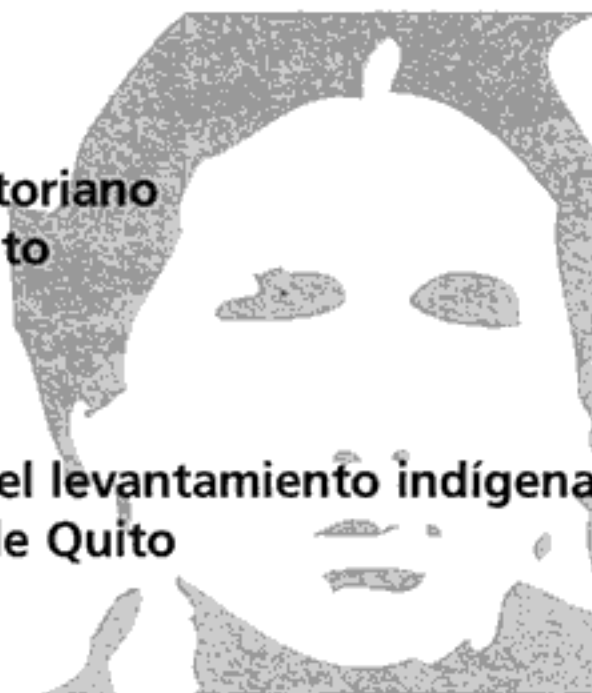
34
**¿Un levantamiento indígena más?
A propósito de los sucesos de febrero de 2001**
Fernando García S.

39
"Nada sólo para los indios"
A propósito del último levantamiento indígena
Augusto Barrera G.

48
Conflicto étnico, democracia y Estado
Jorge León T.

57
**El movimiento indígena ecuatoriano
y la política del reconocimiento**
Marc Saint-Upéry

68
**La ciudad como reinención: el levantamiento indígena
de enero de 2000 y la toma de Quito**
Eduardo Kingman



Frontera

80

El Plan Colombia: orígenes, desarrollos y proyección regional

Francisco Leal Buitrago

87

El tráfico de drogas y la política de los Estados Unidos en Colombia

Bruce Michael Bagley

Debate

100

**Libertad, desarrollo y democracia:
para re-pensar la democracia realmente existente en Ecuador**

Pablo Andrade A.

Temas

112

Golbalización y fútbol postnacional

Sergio Villena Fiengo

Diálogo

118

Pensar el multiculturalismo

Entrevista a Will Kymlicka

132

Reseñas

144

Sugerencias bibliográficas





Pensar el multiculturalismo

Entrevista a Will Kymlicka*

Filósofo, profesor en la Universidad Queens de Kingston (Canadá), Will Kymlicka es uno de los teóricos más destacados en el ámbito del estudio del multiculturalismo y de los derechos de las culturas minoritarias. Sus trabajos tratan de responder al desafío que constituye la reivindicación de la diferencia étnica y cultural para el liberalismo político clásico. Entre sus numerosos libros, señalemos en particular *Filosofía política contemporánea* (Ariel, Barcelona, 1995), sobre John Rawls y las teorías de la justicia, y *Ciudadanía multicultural* (Paidós, Barcelona, 1996), que recoge sus aportes sobre el tema del manejo democrático de la diversidad cultural. Esta entrevista fue publicada en el número 7 de la revista francesa *Mouvements*, que nos autorizó gentilmente a reproducirla.

M.: La originalidad de su trabajo consiste en haber logrado conjugar las exigencias universalistas propias de la teoría liberal con las preocupaciones comunitaristas sobre los derechos de las minorías. ¿Cómo se originó su interés teórico por los derechos de las minorías y las políticas del multiculturalismo?

W. K.: Crecí en una familia de la izquierda liberal. Mi padre, oriundo de Checoslovaquia y cercano al NDP¹, fue uno de los últimos grandes "asimilacionistas" y, por tanto, no hizo ningún esfuerzo para estimular a que me viera a mí mismo como un checo. No tuve ningún interés real sobre los temas de la etnicidad y el nacionalismo hasta la universidad. Me interesaba lo que a la gente de izquierda le ha interesado históricamente: la desigualdad económi-

ca. En Oxford, en los años 80, me interesaban las teorías sobre la distribución económica justa: ¿cuáles son las mejores teorías de la justicia distributiva? Y la teoría que encontré, con la que más me apasioné, fue la teoría de la igualdad de recursos de Ronald Dworkin². Por entonces, Charles Taylor realizó una presentación en la cual argumentaba que el problema con la teoría de Dworkin, particularmente en el contexto canadiense, era que no podía justificar ninguno de los derechos especiales de los pueblos aborígenes o de los quebequeses³. Para mi sorpresa, ¡Dworkin estuvo de acuerdo! Yo quería mostrar que esta teoría igualitaria podría sustentar ciertos derechos especiales de las minorías, no porque me importaran estos derechos -ahora me interesan mucho más- sino porque pensaba que reforzaría la teoría de la justicia distributiva, haciéndola más atractiva para más personas, y más aplicable a un país como Canadá.

Así, empecé a trabajar en la relación existente entre la teoría de la igualdad de recursos de Dworkin y los derechos de las minorías, aplicándola a los

* Traducción de Bryant Richardson

1 New Democratic Party, social-demócrata. Notemos que cuando Will Kymlicka habla de "liberal" o de "liberalismo", se trata siempre del liberalismo filosófico y político en el sentido anglosajón, perfectamente compatible con una posición social-demócrata en economía.

2 Ver Ronald Dworkin, "What Is Equality?", Parte I: Equality of Welfare; Parte II: Equality of Resources, en *Philosophy and Public Affairs*, No. 10, 1981.

3 Ver Charles Taylor, "Justice after Virtue", en *Philosophical Arguments*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.), 1995.

casos de los aborígenes y de los quebequeses, pero mientras más me enfocaba en el problema, más me daba cuenta que el liberalismo, en su tradición integral, nunca había resuelto de forma satisfactoria el asunto y que esto era de importancia central en muchos países del mundo. Si la democracia liberal pretende implantar sus raíces en Europa del Este, Asia o África, debe plantear, de alguna forma, una respuesta al asunto de las minorías étnicas y nacionales. Mientras más claro veía el panorama, crecía mi interés en tratar de desarrollar una teoría liberal sobre los derechos de las minorías.

M.: Cuando usted habla de los derechos de las minorías es fundamentalmente en referencia a las minorías étnicas o nacionales. ¿Qué hay con los derechos de otras comunidades auto-identificadas, como la comunidad homosexual o lesbiana, entre otras?

W. K.: Me concentré en grupos étnicos y nacionales, en parte para mantener las cosas manejables, pero también porque el tema parece haber sido descuidado por la tradición liberal. En contraste, existen lineamientos teóricos liberales claros acerca de la igualdad de los géneros y de la justicia para homosexuales y lesbianas. Es claro que la relación de géneros y las cuestiones de la orientación sexual han sido tratadas sobre la base de viejos hábitos y tradiciones no-liberales, por lo tanto, el objetivo de los liberales es atacar esas tradiciones conservadoras, asegurar una igualdad ciudadana para hombres y mujeres homosexuales a través de fuertes leyes anti-discriminatorias, asegurando, por ejemplo, que parejas homosexuales tengan igual acceso a planes de pensiones u otros beneficios. Todavía existe una batalla política que librar en ese sentido -aunque hemos hecho muchos progresos en Canadá- pero es bastante sencillo derivar esos derechos de la teoría liberal de la justicia. Lo específico del tema étnico y

nacionalista era que nadie estaba debatiendo sobre lo que la justicia liberal podría implicar para estos asuntos, y que los liberales estaban realmente divididos en temas tales como los derechos de los indígenas, el multiculturalismo de los inmigrantes y el estatus especial de Québec. Los liberales progresistas simpatizaban con los grupos étnicos y naciona-

les discriminados históricamente, pero también tenían una idea de igualdad que parecía estar en conflicto con el tratamiento diferencial. Con frecuencia, los liberales concebían la etnicidad y el nacionalismo como basados en el tradicionalismo conservador y, por lo tanto, se adelantaban a concluir que los acuerdos firmados con los indígenas eran parte de una tradición conservadora y, por ende, debíamos deshacernos de ellos.

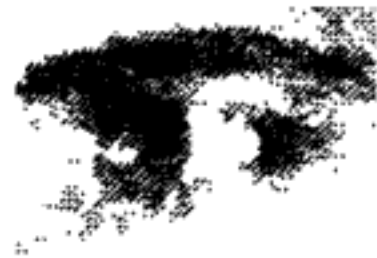
Cuando empecé a escribir sobre estos temas, la defensa de los derechos de las

minorías implicaba argumentar que el liberalismo era, en alguna forma, inadecuado para abordar esos tópicos. Charles Taylor, en cambio, planteaba la defensa de los derechos de las minorías desde su teoría comunitarista. Más allá del hecho que yo piense que el liberalismo es una buena teoría, tiene sentido estratégico determinar qué clases de derechos de las minorías son consistentes con el liberalismo. El argumento frecuentemente sostenido de “si eres liberal tienes que oponerte a los derechos de las minorías”, y “si crees en los derechos de las minorías, tienes que oponerte al liberalismo”, deja, en nuestra era de hegemonía liberal, a los derechos de las minorías siempre en desventaja.

M.: Eso quiere decir, entonces, que el eje del conflicto no es entre los derechos colectivos y los derechos individuales...

W. K.: Esa es la presunción generalizada a la que estoy tratando de retar. La presunción era que los li-

La presunción era que los liberales creían en los derechos individuales, los derechos de las minorías eran derechos colectivos, ergo, necesitas una teoría colectivista para defender los derechos colectivos y una teoría individualista para defender los derechos individuales. Esa es la presunción generalizada a la que estoy tratando de retar



berales creían en los derechos individuales, los derechos de las minorías eran derechos colectivos, ergo, necesitas una teoría colectivista para defender los derechos colectivos y una teoría individualista para defender los derechos individuales. Se ha dado toda una serie de falsas conclusiones como respuesta a esa forma de ver el problema.

Si miramos actualmente a los grupos que exigen derechos para las minorías en Occidente, una abrumadora mayoría comparten los mismos valores liberales de la mayoría social -esto lo sabemos gracias a las encuestas de opinión pública. No existe literalmente ninguna diferencia estadística entre los quebequeses y otros canadienses anglófonos en asuntos como el disenso, derechos de la mujer y de los homosexuales, igualdad de oportunidades, etc. Lo mismo ocurre con los catalanes y españoles, escoceses e ingleses, flamencos y valones; así como para grupos inmigrantes, aún aquellos provenientes de países no liberales; en un lapso corto -aproximadamente siete años en Canadá-, los inmigrantes han internalizado el consenso liberal democrático y expresan los mismos valores liberales que los ciudadanos nativos. Por tanto, no es cierto que los grupos demandantes de los denominados derechos colectivos, sean más "colectivistas" en su orientación que los miembros de la mayoría -no existe evidencia de ello. Tienen el mismo compromiso con los derechos individuales y con la autonomía que la mayoría -lo que no significa que no haya elementos conservadores en cada uno de estos grupos, de igual forma como los hay en las mayorías.

Un segundo error surge cuando se pregunta si en realidad se trata de "derechos colectivos". Muchos de los derechos que persiguen las minorías son, de hecho, ejercidos por los individuos: si a los Sikhs se les permite usar sus turbantes en la RCMP⁴ (*Royal Canadian Mounted Police*), ¿es eso un derecho colectivo? Es un derecho otorgado a los Sikhs, pero es el individuo el que decide si va a usar su turbante o no. Tan pronto como dices "derechos colectivos", el cuadro que se presenta es el de un derecho otorgado a un grupo que luego puede imponer sus valores sobre el individuo. Es-

ta no es la forma como muchos de estos derechos funcionan. Aún si tomamos aquellos casos en los cuales los derechos son otorgados a un grupo, el ejemplo más claro -indudablemente, el único que potencialmente amenazaría las libertades individuales- es el del auto-gobierno, aún así, no existe razón, en principio, para que la minoría no se vea sujeta a la misma protección constitucional de los derechos individuales, como lo está la mayoría. Después de todo, el gobierno central es una forma de auto-gobierno para la sociedad como un todo, pero los liberales insisten en que éste debería estar sujeto a las restricciones constitucionales que protegen los derechos de los individuos. No existe razón para no repetir lo mismo a nivel de minorías.

M.: Uno de sus últimos libros, *Finding our Way*⁵, es una defensa filosófica del modelo canadiense de multiculturalismo. ¿Qué es lo distinto de la respuesta canadiense al desafío de la ciudadanía multicultural?

W. K.: La política multicultural del Canadá fue adoptada en 1971, principalmente como respuesta al pedido de grupos inmigrantes -que al final de la década de los años 60 habían empezado a movilizarse- para que se diera un mayor reconocimiento de su contribución a la vida canadiense. Desde 1971 hubo un gran debate sobre si el multiculturalismo no minaba de hecho el éxito histórico alcanzado en el manejo de los inmigrantes. El antecedente es que Canadá -como Estados Unidos, como Australia- ha sido un país construido gracias a la inmigración, y se piensa que históricamente hemos hecho un buen trabajo al tomar inmigrantes de todo el mundo y convertirlos en canadienses, quienes son ahora ciudadanos leales y productivos que contribuyen a la sociedad en general. A la gente le preocupa, de manera comprensible, que el multiculturalismo amenace dramáticamente el éxito obtenido con la inmigración, que pueda fomentar que grupos inmigrantes permanezcan en ghettos,

4 Por una decisión de la Corte Suprema de Canadá, los policías Sikhs pueden usar su turbante tradicional en lugar del sombrero previsto por el reglamento.

5 *Finding our Way. Redefining Ethno-cultural Relations in Canada*, Oxford University Press, Londres y Toronto, 1999.

desmotivándolos a identificarse con el país como un todo, a interactuar con miembros de otros grupos, a aprender nuestras dos lenguas oficiales. Pero estos debates se han dado en ausencia casi total de evidencia empírica. Ni sus promotores ni sus detractores han ofrecido alguna prueba sobre el impacto de la política multicultural en la forma cómo los inmigrantes se integran y comportan. *Finding our way es*, ante todo, un intento de ofrecer algunas estadísticas que muestren que los inmigrantes se están integrando a la sociedad canadiense con el mismo éxito de siempre o mejor, y que no existe evidencia alguna que el multiculturalismo haya inhibido su integración; también explico por qué el multiculturalismo ofrece una concepción mejorada sobre el tipo de integración que debemos buscar de los inmigrantes.

Todo lo que ha hecho el multiculturalismo es renegociar los términos de integración, tratar de identificar términos de integración más justos. El objetivo continúa siendo fomentar que los inmigrantes se integren en instituciones comunes que operen en un lenguaje común. El multiculturalismo es una política que busca reformar esas instituciones para que así puedan acoger y reflejar de mejor manera la diversidad étnico-cultural de los ciudadanos que participan en ellas. Estas instituciones se organizaron inicialmente bajo la premisa de que todos los ciudadanos eran de origen británico o francés, católicos o protestantes, blancos o lo que fuere -y este fue por muchos años el componente demográfico de la población canadiense. Ahora tenemos una población multireligiosa, multiétnica, y las instituciones públicas necesitan adaptarse para poder cumplir equitativamente con sus funciones, para asegurar que no se discrimine, estigmatice o excluya a los inmigrantes.

La idea básica del multiculturalismo es que las instituciones claves -el sistema político de representación electoral, el sistema legal de las cortes, el sistema educativo, los medios, la burocracia y los mayores empleadores- examinen de una manera justa y sistemática la forma en que organizan su lugar de trabajo, sus símbolos, sus normas de apariencia o de vestimenta, horarios de trabajo y se pregunten ¿qué tipo de reformas permitirían a los inmigrantes participar activa y equitativamente en estas instituciones? Ahora, cuando tenemos cerca de

treinta años de experiencia de multiculturalismo, y sabemos que se ha convertido en una forma de vida canadiense bien establecida, las personas por sí mismas, aún sin pensar si están obligadas por los principios específicos del multiculturalismo, saben que si están manejando el departamento de una universidad, un gran almacén o un parque público, deben pensar en la diversidad étnica de las poblaciones a las que sirven, y se preguntan si es que las reglas y prácticas que han heredado del pasado necesitan ser adaptadas para una población de mayor diversidad étnica.

La mayoría de personas, particularmente los jóvenes, consideran el multiculturalismo algo tan canadiense como el hockey sobre hielo. No lo ven como algo controversial -ni siquiera piensan en ello. Los canadienses urbanos han sido educados en el multiculturalismo, lo han aprendido en las escuelas -basta que miren a su alrededor en la clase y vean personas de todas partes del mundo. En la medida en que se ha vuelto un hecho tan natural en sus vidas, no perciben al multiculturalismo como un pretexto que permite a ciertos grupos excluirse de un régimen liberal. Es aceptado porque -y en la medida en que- es un compromiso de buena fe de adaptación al interior de instituciones públicas comunes, en una sociedad democrática liberal común. No hay nada en la acción multicultural que pueda permitir a las minorías salirse de los límites de un consenso liberal. Ninguna de las principales organizaciones de inmigrantes ha cuestionado la vigencia del sistema democrático, la Carta de los Derechos, la Declaración Universal de los Derechos Humanos o las leyes contra la discriminación...

M.: ¿Acaso el multiculturalismo permite a las minorías reconocer la universalidad de dichas leyes? ¿No sería una mejor forma de integración ciudadanía lograr que las minorías se perciban a sí mismas como co-autoras de las leyes, para plantearlo en términos de Habermas?

W. K.: Aquí está involucrada una dimensión de tiempo. Cuando los inmigrantes están recién llegados, no se perciben a sí mismos como autores de la ley, pero se adaptan a ella. Con el tiempo, descubren sus propios méritos, se dan cuenta que su etnicidad es tolerada porque hay una tolerancia de

principio entre los otros grupos. Una de las implicaciones interesantes de la Constitución de 1982 es que muchos grupos inmigrantes se ven ahora como co-autores de la Constitución, debido a la cláusula sobre multiculturalismo (sección 27 de la Constitución), por la que lucharon tan arduamente. Consideran que han contribuido a hacer de Canadá un lugar más tolerante; no es que los canadienses fueren tolerantes y los inmigrantes llegaron y simplemente se beneficiaron de esa tolerancia; los canadienses son tolerantes gracias a que los inmigrantes lucharon arduamente para lograrlo. Y en esa medida se perciben a sí mismos como autores y partícipes de una estructura mayor.

M.: ¿Por qué, entonces, los canadienses han perdido confianza en su exitosa experiencia histórica, tal como usted lo sugiere?

W. K.: En cierto sentido, es casi un debate totalmente teórico. La gente -con frecuencia los intelectuales- tiene una imagen negativa del multiculturalismo como promotor de “ghettización”, de fundamentalismo, como una obsesión con la etnicidad, etc. y como a ellos no les gusta esta imagen, critican la política que según ellos fomenta esa imagen. Pero el hecho es que aún si mañana el gobierno federal aboliese la política multicultural, la gente que administra las instituciones públicas continuaría actuando de la misma manera, porque es inevitable, porque funciona.

M.: Al defender el multiculturalismo “porque funciona” ¿no se coloca usted en una posición puramente pragmática, dejando a sus detractores el monopolio del terreno normativo?

W. K.: Lo que estoy sugiriendo es que los críticos del multiculturalismo plantean que es errado e inapropiado tratar de forma diferente a las personas basándose en su etnicidad o religión y elevan ese argumento a un postulado normativo. Por lo tanto, están opuestos a la política de la diferencia. Lo que yo argumento es que, en realidad, ellos no creen eso, por eso digo que es un debate epifenomenal, más bien abstracto. Ellos critican el multiculturalismo porque tienen una imagen mental de un país dividido en ghettos raciales de personas que no tienen nada en común entre sí, que desconfían unos

de otros, que no interactúan, que no se casan entre ellos y así sucesivamente. Tienen razón de temer esa imagen, pero articulan este temor bajo la forma de un principio abstracto, es decir, “no deberíamos tratar a las personas de manera diferente por su condición étnica o religiosa”. De cualquier modo, creo que después de reflexionar, la mayoría de críticos reconocerían que de hecho las instituciones públicas deben adaptarse a la diversidad de sus poblaciones. Si es que usted les muestra que estas adaptaciones no conducen a esa imagen de grupos “ghettizados”, que se odian entre sí, sino que más bien contribuyen a una mayor integración e interacción, y a un mayor sentido de participación en la vida pública, entonces ya no lo objetarán. Por supuesto que en muchas ocasiones el tratamiento diferencial de grupos ha llevado a una jerarquización entre ellos -un caso clásico sería Sudáfrica, donde el tratamiento diferencial privilegió a un grupo y estigmatizó al otro; lo que fundamentalmente nos concierne a todos nosotros son ciertos principios: el valor y la dignidad de todas las personas es igualdad de respeto y de consideración, como lo formuló Ronald Dworkin y esto incluye ciertos derechos civiles y políticos básicos, así como un respeto elemental entre las personas. La presunción de que la mejor manera de eliminar las desigualdades de estatus entre grupos es evitando la diferenciación entre ellos, hay que considerarla de manera empírica y contextual. Con frecuencia, las viejas formas de tratar el tema, aquellas que no reconocían diferencias, sustentaban las desigualdades de estatus entre grupos, mientras que las nuevas formas de reconocimiento multicultural reducen estas desigualdades. Pero no debemos elevar esto hasta el nivel de principios morales fundamentales.

M.: ¿Cómo se expresa esta controversia sobre el multiculturalismo en el debate entre derecha e izquierda?

W. K.: Una de las facetas más relevantes de este debate es que tanto la izquierda como la derecha -ciertamente es así en Canadá y en otros países también- han compartido las mismas preocupaciones acerca del multiculturalismo y los derechos de las minorías. Los social-demócratas de todo el mundo han postulado tradicionalmente gobiernos centra-

les fuertes, lo que con frecuencia implica limitar el poder de los gobiernos locales y regionales que históricamente han sido más sensibles a la diversidad étnica. Los gobiernos centrales suelen lograr la igualdad a través de un sistema nacional uniforme de educación, política social, atención médica y pensiones. Muchas personas en la izquierda han re-

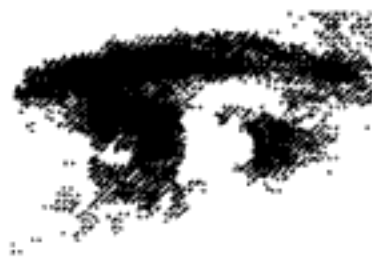
lacionado la igualdad con el poder del gobierno central, como una manera para imponer estándares nacionales uniformes, percibiendo el multiculturalismo y los derechos de las minorías como una amenaza a la igualdad y al concepto de una ciudadanía uniforme. La postura de la izquierda ha tomado dos formas: la primera, aún cuando el multiculturalismo o los derechos minoritarios sean algo bueno en sí mismo, constituyen de to-

dos modos una distracción del asunto de fondo, que es la desigualdad económica y de clase; por lo tanto, deberíamos fomentar en la gente la idea de la lucha de clases como central a su identidad, más que la etnicidad o la religión; la segunda razón esgrimida ha sido que los derechos de las minorías simplemente son malos porque la base de la igualdad es un tipo de nacionalismo de estado sustentado en la uniformidad y homogeneización.

La derecha también se opone con fuerza a los derechos de las minorías, principalmente porque los percibe como destabilizadores y fragmentadores. En los EE.UU. tienden a volverse apocalípticos: si a las personas se les permite mantener un fuerte sentido de identidad étnica, ésta se da a expensas de la identidad americana, como si uno aumentara su compromiso hacia EE.UU. a expensas del compromiso con su origen étnico. Pero no existe evidencia de ese supuesto en la experiencia de los inmigrantes en América del Norte. Ahora se dispone de una amplia información de encuestas sobre identidades y lealtades, y simplemente no hay una correlación entre la fuerza de la identidad étnica de las personas y su lealtad al país como un todo.

M.: El argumento que con frecuencia emplea la izquierda es que existe una correlación entre el desequilibrio económico y la pertenencia a un grupo minoritario -un ejemplo flagrante de lo cual son los pueblos indígenas del Canadá. ¿Hasta qué punto puede contribuir el multiculturalismo en la resolución de este problema?

Existe un gran componente antirracista en el programa multicultural: es parte de este ethos multicultural más amplio: que el Estado tenga una función apropiada en la activa identificación y eliminación de la discriminación "privada", no estatal



W. K.: En su forma original, cuando fue promulgado en 1971, el multiculturalismo ignoraba estos aspectos de desigualdad económica. Y esto se debía a que a finales de los años 60, los grupos que lo demandaban eran grupos de inmigrantes blancos -los ucranianos, los italianos, los escandinavos- que ya eran económicamente exitosos en Canadá. Ellos querían el respeto a su etnicidad; no necesitaban igualdad de

oportunidades porque ya la tenían. Estos eran los grupos más antiguos de inmigrantes que empezaron a llegar a Canadá desde principios de siglo hasta los años 50. A principios de la década del 60, tuvimos una nueva ola de inmigración, principalmente no blanca, que enfrenta desigualdades económicas y ciertas formas de discriminación racial. Tan pronto como fue adoptada la nueva política, cambiaron sus contenidos para incluir temas como discriminación e igualdad de oportunidades. Por lo tanto, existe un gran componente antirracista en el programa multicultural: para las personas es muy fácil efectuar reclamos en contra de sus arrendatarios, empleadores, etc., por casos de discriminación en base a raza, religión, género u orientación sexual. Es parte de este *ethos* multicultural más amplio: que el Estado tenga una función apropiada en la activa identificación y eliminación de la discriminación "privada", no estatal. El resultado es que hoy en Canadá los inmigrantes, cualesquiera que fuere su raza o religión, son sujetos de menor discriminación que en cualquier momento del pasado.

M.: Usted distingue entre “minorías etno-culturales” y “naciones minoritarias”, tales como los aborígenes canadienses y los quebequeses. ¿La cuestión de la autonomía de Québec dentro del contexto del federalismo canadiense es casi paradigmática?

W. K.: En Canadá tendemos a pensar que el caso de Québec es único, pero conforme uno mira alrededor del mundo, empieza a ver todo tipo de casos análogos. Por cualquier razón, las minorías nacionales -esto es, grupos que se ven a sí mismos como naciones dentro de un Estado mayor- tienen un profundo compromiso de mantenerse a sí mismos como sociedades distintas, con un poder de auto-gobierno sustancial, con sus propias instituciones públicas sobre su propio territorio histórico y operando en su propia lengua. Con la posible excepción de Suiza, a ningún

país le gustaba la idea de contar con una minoría nacionalista poderosa de forma permanente, politizada, movilizadora y ferozmente defensiva de sus derechos lingüísticos y culturales, y de su poder político. La mayoría de países, incluyendo Canadá, han tratado de asimilar a esas minorías nacionales. Canadá intentó -a finales del siglo XVIII y luego nuevamente en el XIX- de lograr que los francófonos se asimilaran a la comunidad anglófona. Lo que hemos aprendido en todo este tiempo es que ellos no desaparecerán; o al menos, que la única forma en que ellos podrían desaparecer sería a través de niveles extraordinariamente altos de coerción -lo que implicaría una completa violación de nuestros principios liberales y democráticos.

Podríamos, y quizá deberíamos plantearnos desde una perspectiva normativo-teórica la siguiente pregunta: “¿sería el mundo un mejor lugar si las personas no tuvieran esta arraigada tendencia a lu-

char para mantener su identidad nacional?” Quisiera insistir sobre dos puntos: primero, las mayorías están tan tenazmente comprometidas con sus identidades nacionales como las minorías; así que sería un poco engañoso decir, en el caso canadiense o en el caso español, que los quebequeses y los catalanes tienen un arraigado y profundo, y a la vez irracional,

compromiso con su identidad nacional, mientras las mayorías son cosmopolitas.

Las mayorías también se preocupan de tener sus propias instituciones públicas operando en su propia lengua, con sus propias formas de autonomía y auto-gobierno (por supuesto que no tienen que preocuparse tanto por ello ya que como son mayoría nadie está tratando de arrebatarlas). Podríamos, filosofando un poco, desear que ni las mayorías ni las minorías tuvieran esta tenaz característica. Pero el hecho es que ambas la tienen. Y si vamos a permitir que la mayoría satisfa-

ga este interés particular, entonces pienso que como principio de justicia deberíamos hacer lo mismo por las minorías.

Segundo: al ser confrontados con el nacionalismo -ya sea de minoría o de mayoría- los valores democráticos liberales necesitan realizar una “selección estratégica”. Podemos invertir todas nuestras energías en lograr que la gente supere este énfasis sobre la identidad y la cultura nacional, o podemos invertir nuestra energía en la liberalización y democratización de los liberalismos que vemos alrededor del mundo. Esta es una selección que debemos hacer en el mundo real. En el caso de los quebequeses, al menos en un futuro previsible, es poco probable pensar que dejarán de darle importancia política a su identidad nacional. El problema, entonces, aparece claro.

Ahora, si retornamos a nuestra reflexión filosófica y nos preguntamos si sería mejor dejar comple-

El objetivo continúa siendo fomentar que los inmigrantes se integren en instituciones comunes que operen en un lenguaje común.

El multiculturalismo es una política que busca reformar las instituciones democráticas para que así puedan acoger y reflejar de mejor manera la diversidad étnico-cultural de los ciudadanos que participan en ellas



tamente de lado el nacionalismo, mi respuesta es ambivalente: si las personas se volvieran más solidarias con otras naciones porque deja de importarles su identidad nacional, tanto que estuviesen incluso dispuestos a hacer sacrificios para combatir las desigualdades internacionales -y me refiero a las grandes y obscenas desigualdades que existen en nuestro mundo- entonces esta sería una razón muy poderosa para cuestionarlas. Pero si dejamos de lado el tema de la justicia distributiva entre países, yo no veo razón alguna para preferir a los grandes países sobre los pequeños, a los estados unitarios sobre los federales, al liberalismo cosmopolita sobre el liberalismo nacional.

M.: Sin embargo, en lo que respecta a Québec usted ha argumentado no a favor de una soberanía nacional absoluta, sino más bien por un federalismo renovado...

W. K.: Este es un hecho contingente, no un principio filosófico. Por ejemplo, aún antes de los bombardeos de la OTAN siempre apoyé la causa de un Kosovo independiente porque los kosovares nunca tuvieron identificación alguna con Serbia. Algunos de ellos tenían alianzas con Yugoslavia, pero nunca con Serbia. Fueron parte de Serbia por un acto de coerción. El caso de Québec es más complicado, así como los de Escocia, Cataluña y Flandes, porque dentro de todas estas minorías hay muchas personas que sienten un fuerte sentido de pertenencia a un país mayor. Inicialmente fue un caso de conquista -los ingleses sobre los franceses- pero, a lo largo de los últimos doscientos años, muchos quebequeses han cooperado con los canadienses anglófonos para construir juntos un proyecto llamado Canadá. Lo que tenemos en Québec, aún entre los quebequeses, son facciones separatistas y federalistas. Ambas son nacionalistas en el siguiente sentido: creen que Québec tiene derecho a decidir por sí mismo si permanece en Canadá, y ambas creen que tienen derecho al reconocimiento como nación dentro del contexto canadiense. Los federalistas argumentan que el sistema de federalismo canadiense reformado, podría satisfacer su deseo de reconocimiento y auto-gobierno nacional, al mismo tiempo que protegería el arraigado deseo de muchos quebequeses de apego a Canadá. Los separatistas

no solamente están pidiendo reconocimiento; están tratando de persuadir a sus propios ciudadanos de dejar de identificarse con Canadá -y yo cuestiono eso, ya que al hacerlo están negando una parte de su propia identidad.

M.: Si “la verdadera base de la unidad social no son los valores compartidos, sino la identidad común”, tal como usted escribe, entonces lo que definiría a la unidad canadiense sería la presencia de un “diálogo” continuo y distintivamente canadiense. Pero ¿no tendría que ser un diálogo bilingüe? ¿No está el bilingüismo en el centro de este proyecto canadiense?

W. K.: Permítame dar un paso atrás: la visión de Trudeau para Canadá es la de un país bilingüe de mar a mar, de tal forma que donde quiera que usted vaya, debería ser capaz de llevar consigo sus derechos lingüísticos -acceso a los servicios del gobierno, educación y medios en cualquiera de los dos idiomas oficiales. Filosóficamente, esto suena muy bien. Pero en la práctica, donde quiera que ha sido intentado, el resultado final con el tiempo es que el lenguaje de la mayoría desplaza al de la minoría. La realidad es que los francófonos fuera de Québec, aún cuando lleven sus derechos lingüísticos consigo, no están en posibilidad de utilizarlos en su vida cotidiana porque pueden ser solo una o dos familias francófonas entre diez mil familias anglófonas.

Así que este modelo de bilingüismo simplemente falló en hacer viable para los francófonos llevar una vida genuinamente francófona fuera de Québec (o a lo largo de las franjas de Ontario y New Brunswick, en la frontera de Québec). Mientras que lo inverso no era cierto, pues históricamente ya existía una comunidad angloparlante en Québec, y más aún porque vivimos rodeados por los angloparlantes de Norteamérica. Los anglófonos que vienen a vivir a Québec quizá esperan llevar una vida angloparlante. Y si esto es cierto para los canadienses también lo es para los inmigrantes anglófonos que se mudaron a Québec. Las proyecciones demográficas sugieren que con el tiempo, los francófonos se convertirán en una minoría en Montreal primero y luego en todo Québec.

M.: Paradójicamente, usted parece pedir a los canadienses ingleses que dejen de identificarse con Québec como una parte del proyecto pan-canadiense. ¿Será la ausencia de un nacionalismo específico de los angloparlantes que les impide aceptar el nacionalismo francoparlante de los quebequeses?

W. K.: No estoy pidiendo a los canadienses angloparlantes dejen de identificarse con Québec, sino más bien que piensen que es una nación francoparlante. El hecho es que, para los francófonos, Québec es y continuará siendo el corazón de su comunidad lingüística y el protector de sus intereses. La visión de Trudeau se centraba en lograr que los quebequeses viesan al Estado Federal, más que a Québec, como el protector de sus intereses, logrando que se identifiquen con Canadá como un todo más que con

Québec como su tierra natal. Como visión, es mitad maquiavélica, mitad utópica. La parte maquiavélica es que intentaba, de forma muy manipuladora, subvertir el nacionalismo de Québec. Pero estaba atada con la muy liberal y utópica idea de que las personas deberían tener la capacidad de trasladarse a donde quisieran en el país llevando consigo sus derechos lingüísticos. Aunque estoy en desacuerdo con Charles Taylor en casi todo, coincido completamente con su argumento de que Québec busca reconocimiento. No será suficiente para el Canadá inglés, una vez obtenido el sí en un futuro referéndum, que acepte aún a regañadientes el reconocimiento de un Québec distinto -porque eso no sería reconocimiento. Lo que se necesita es una forma de federalismo asimétrico, que otorgue un derecho desproporcionadamente mayor a los francófonos fuera de Québec, que a los anglófonos dentro de Québec, un desbalance requerido para tratar con el desequilibrio real que se da en la práctica y compensarlo.

Decir que el Estado tiene un interés en integrar a los ciudadanos dentro de una cultura societal, y permitir que esa cultura societal se perpetúe a lo largo del tiempo, es perfectamente compatible con la aceptación de cambios radicales en la cultura etnográfica densa



M.: ¿No existe un problema en términos de la repartición equitativa de poder en el tipo de Estado Federal, binacional, asimétrico, que usted está proponiendo?

W. K.: Este es un asunto que los estados multinacionales alrededor del mundo han manejado a través de la negociación. Por ejemplo, si Québec tuviera más poder que otras provincias como parte de un federalismo asimétrico, la otra cara de la moneda sería que sus miembros en el parlamento no deberían votar sobre asuntos que no se apliquen a Québec. Cuando se cuestiona el estatus especial para las minorías nacionales, siempre está presente la acusación que en lugar de protegerlos de las desventajas y otorgarles igualdad se les concede privilegios especiales. Y una vez más, esto se plantea en

la forma de principios absolutos: todo estatus especial es necesariamente un privilegio. Como principio general, es irracional; existen diferentes formas de estatus especial que no otorgan privilegios a los grupos, sino más bien los protegen de desventajas o desigualdades. Siempre existe el potencial de que ciertos tipos de estatus o derechos especiales podrían permitir que la minoría tuviera genuinos privilegios y ventajas que otros pueblos no tendrían. En ese caso, tenemos que identificar cuál es el peligro y la forma más factible y efectiva de inhibirlo. Por ejemplo, las minorías nacionales deberían tener derecho a vetar ciertos cambios constitucionales esenciales que podría afectar su estatus, su derecho al auto-gobierno, o al lenguaje; pero por supuesto que no tendrán derecho a vetar cualquier cosa, porque de otra forma podrían utilizarlo constantemente como una forma de chantaje para obtener más y más.

M.: Una de las críticas que se hace a su visión la resume Richard Wolin en un número reciente de *Dissent* (invierno 1997) quien alega que usted

“subestima la contradicción potencial entre la autonomía moral y las identidades culturales particulares” y que su definición de cultura es muy estática.

W. K.: ¡Tengo la crítica opuesta de parte de los comunitaristas! Ellos plantean que el concepto de cultura que utilizo es demasiado superficial (*thin*) y flexible. La definición de cultura societal con la que trabajo se basa en la idea de que las instituciones comunes operan bajo un lenguaje común. Claro que no es la noción etnográfica “densa” (*thick*) de cultura utilizada por los antropólogos para hablar sobre hábitos específicos, rituales, estilos de vida y tradiciones.

Mi visión es que se puede tener un cambio completo en la cultura etnográfica densa: la gente puede abandonar sus rituales religiosos, comidas tradicionales, vestimenta y forma de esparcimiento completamente, y continuar participando en las mismas instituciones comunes bajo un lenguaje común. Decir que el Estado tiene un interés en integrar a los ciudadanos dentro de una cultura societal, y permitir que esa cultura societal se perpetúe a lo largo del tiempo, es perfectamente compatible con la aceptación de cambios radicales en la cultura etnográfica densa. Las prácticas culturales, religiosas, económicas o sexuales particulares están siendo continuamente debatidas, modificadas y abandonadas conforme se inventan nuevas. Como liberal, no tengo el más mínimo interés en congelar o inhibir dicho proceso. No tengo apego alguno a las tradiciones como tales ni ningún apego sentimental o romántico a la cultura o las tradiciones. Una de las cosas que molesta a los comunitaristas es que aplaudo la *Révolution Tranquille* de los años sesenta, en el curso de la cual, en un lapso de diez años, los quebequeses han repudiado gran parte de su forma de vida tradicional. De esta forma, esa cultura etnográfica densa del Québec tradicional - basada en la Iglesia Católica, en la vida rural, en formas de asociación conservadoras y clericales como la “*Union Nationale*” ...- prácticamente ha desaparecido debido a que las personas encontraron otras opciones. Mi concepto de cultura societal permite un amplio margen de maniobra con respecto a la reproducción de las prácticas culturales

tradicionales, y espero que muchas de ellas sean debatidas, retadas, revisadas o abandonadas. En este sentido es una concepción dinámica.

Sin embargo, por otro lado, sí es “estática” con relación a la idea de que las sociedades políticas del mundo moderno, en el pasado reciente y hacia el futuro previsible, tengan como uno de sus objetivos legítimos la estabilización de la cultura societal. Esto es, la estabilización del funcionamiento de las instituciones públicas comunes operando bajo un mismo idioma. Los valores liberales de libertad e igualdad dependen de la existencia esencial de este juego de instituciones públicas dentro de las cuales las personas tienen libertad y a las cuales tienen igual acceso; por lo tanto, la primera obligación de la democracia liberal es garantizar que los ciudadanos tengan libre e igual acceso a las instituciones de lo que yo llamo cultura societal.

M.: Se dice a veces que el liberalismo nunca ha sido tan atacado por todos lados y que su pretensión de proveer una “metanarración” legitimadora de la modernidad está en ruinas.

W. K.: En realidad, yo tengo la perspectiva opuesta. El liberalismo domina tanto el discurso público que ni siquiera lo notamos. Creo que, en las democracias occidentales, hay casi un consenso universal sobre los valores liberales básicos: democracia representativa, derechos civiles y políticos, igualdad de oportunidades. Las ideas liberales son tan hegemónicas que cualquier ideología que las cuestione - defendiendo la superioridad de la raza blanca, por ejemplo, o formas de gobierno teocrático- es inmediatamente tachada de fundamentalismo o extremismo. Esta hegemonía del liberalismo no se refleja solo en el discurso público, sino también en las leyes. Lo que veo dentro de las democracias occidentales, es una poderosa evolución hacia una más firme protección jurídica de los valores liberales esenciales. No existe otra ideología política que tenga un ápice de credibilidad en la mayoría de las democracias occidentales (al menos en cuanto a su conflicto con estos valores liberales). En este sentido, no llama mayormente la atención pública el ser liberal, ya que la gente no proclama una nueva voz o idea cuando los valores que uno defiende son tan familiares y se dan por sentado.

M.: El marxismo clásico nunca tuvo una teoría de la justicia o en el mejor de los casos era implícita. Lo que el marxismo sí tuvo, empero, fue una teoría de la injusticia. ¿No sería una debilidad de la teoría liberal no tomar en cuenta de alguna forma a las fuerzas y las estructuras sociales que producen la injusticia? En su libro *Contemporary Political Philosophy*, usted escribe que “los marxistas pretenden defender la unidad entre teoría y práctica, pero que su teoría traiciona su práctica... Una genuina unidad de teoría y práctica requeriría de una mayor unión entre la igualdad liberal y el marxismo”.

W. K.: Creo que aquí hay dos objetivos distintos. El liberalismo, en mi opinión, es sobre todo una teoría sobre los valores o los principios fundamentales que deberían guiar las sociedades democráticas: autonomía individual, justicia social y democracia política. Claro que, para poder aplicar estos principios, necesitamos saber más o menos cuales son “las fuerzas y las estructuras sociales que producen la injusticia” -las que obstaculizan la realización de los valores liberales. Sin embargo, los liberales no deberían descuidar ninguna de las tradiciones de análisis social, desde el análisis de clase marxista hasta la teoría económica de la elección pública, pasando por las teorías foucaultianas del poder y del discurso. Uno de los problemas del marxismo no es sólo que carece de una teoría normativa de la justicia, sino que tiene un apego exclusivo a una explicación estrecha y unilateral de “las fuerzas y las estructuras sociales que producen la injusticia”. Creo que el liberalismo debe ser más ecléctico.

M.: Adaptarse a la diversidad es una cosa, pero la adaptación tiene sus límites. El multiculturalismo puede chocarse con los límites de la tolerancia posible -en la educación pública, por ejemplo.

W. K.: En el lenguaje de Rawls, soy un liberal en el sentido “amplio” (*comprehensive*), no sólo un liberal “político”⁶. Creo que es una función legítima del Estado promover la autonomía de los ciudadanos y proteger la de los niños. La cuestión es: ¿cuál es la forma apropiada para que un Estado liberal garantice que los niños adquieran la capacidad de formar sus propias convicciones y actúen consecuentemen-

te en una sociedad liberal? El objetivo de la educación liberal es garantizar que los niños se conviertan en adultos competentes y autónomos a través del desarrollo de sus capacidades de razonamiento, exponiéndolos a y mostrándoles otras formas de vida, otros puntos de vista, para proveerles de las herramientas intelectuales y el autorespeto que les permita no verse atemorizados por las formas de vida de otras personas, ser capaces de pensar sobre ellos en una forma razonable e inteligente, y tener la seguridad para poder actuar en base a eso.

Existe un debate en Canadá acerca de si debe o no haber escuelas especiales para gente de color (*black focus*) en Toronto. No serían exclusivamente para gente de color, sino literalmente, enfocadas a ellos; esto incluiría la contratación de un número desproporcionadamente alto de profesores negros, estudios curriculares en su mayoría centrados sobre temas de la cultura negra, y la mayoría de los estudiantes, sin duda, serían negros. Mi perspectiva ha sido: si es que funciona, está bien, y si no, hay que desecharlo. Sobre este tema tengo un principio: las personas deben tener igual acceso a una educación que les provea de los conocimientos necesarios para destacar en la sociedad y ser ciudadanos autónomos. Soy completamente flexible en cuanto a la forma de llegar a ese objetivo y estoy dispuesto a negociar y a hacer compromisos acerca de los detalles.

M.: Usted cuidadosamente evita usar el término “comunidad”, prefiere hablar de “grupo” por ser un término de valor neutral...

W. K.: Es fundamental para la teoría liberal de los derechos de las minorías que reconozcamos y recalquemos que los grupos étnicos y nacionales son internamente diversos, esto es, que los miembros individuales de los grupos minoritarios tengan el derecho y la libertad de decidir por sí mismos qué hacer con su herencia cultural. Habrá individuos den-

6 Según John Rawls, el liberalismo “político” es neutral frente a cualquier doctrina sustancial (religiosa, moral, etc.) y se contenta con garantizar el pluralismo, mientras el liberalismo en sentido “amplio” (*comprehensive*) preconiza que el estado liberal defienda y promueva activamente los valores liberales en la educación pública y en la vida cotidiana.

tro de un grupo que estarán en desacuerdo sobre el valor de las diferentes prácticas o la legitimidad de las diferentes autoridades. Todo individuo tendrá derecho a expresar públicamente sus puntos de vista, discrepar con la autoridad y separarse si así lo desea. Si no esperamos que la sociedad mayoritaria sea una comunidad calurosa y solidaria con una visión común de la felicidad y de los valores, ¿porqué esperar que las minorías no sean tan divididas y polifónicas como la sociedad mayoritaria?

M.: El modelo “multiculturalista” que usted defiende es casi diametralmente opuesto al modelo francés de integración republicana.

W. K.: Puede ser que el modelo francés sea válido para el caso de Francia, pero ha tenido una influencia muy perniciosa en otros países. Actualmente estoy escribiendo un libro sobre relaciones étnicas en Europa del Este. Algunos países de esa región tomaron el modelo francés de manejo de las relaciones étnicas. Y el resultado ha sido catastrófico. El modelo de una República unitaria e indivisible, con una ciudadanía unitaria y ciega ante la diferencia cultural, es una receta para el fracaso. Rumania ha sido fuertemente influenciada por Francia y ha adoptado la retórica del republicanismo francés con una fuerte centralización del poder en Bucarest, un concepto de nación excesivamente homogéneo y uniforme, y un rechazo radical a la autonomía de los gobiernos locales, en particular la autonomía de la minoría húngara de Transilvania. Eso agudizó los conflictos étnicos y obstaculizó el desarrollo de la sociedad civil y de la democracia.

En la misma Francia, históricamente, el modelo republicano jacobino solo funcionó sustentado por medidas represivas injustas en contra de las minorías lingüísticas. Si Francia hubiese adoptado políticas justas con relación a los Vascos, los Bretones, etc., hubiese tenido que desarrollar alguna forma de poder compartido -federalismo, autonomías o “consociativismo” de tipo belga. En vez de percibir sus minorías como obstáculos al modelo de ciudadanía “republicana” de tipo francés, los países de Europa del Este necesitan pensar en sí mismos co-

mo estados multinacionales.

Ahora bien, no se puede negar que el modelo republicano francés haya tenido un cierto éxito para integrar los inmigrantes, y comparto la legítima preocupación por la igualdad con aquellos que defienden el modelo republicano. Pero a mi entender, el impacto de las políticas multiculturales sobre la igualdad entre los grupos, sus oportunidades de vida y su participación política es una cuestión empírica. Es perfectamente apropiado que los inmigrantes se vean a sí mismos como franceses, que desarrollen un apego hacia Francia como país y que participen en las instituciones francesas comunes. En Canadá, hemos descubierto que podemos alcanzar en modo más eficiente estas mismas metas adaptando las instituciones públicas de tal forma que puedan reconocer explícitamente y manejar esta diversidad étnica. No sé si eso funcionaría en Francia, pero el multiculturalismo no impide para nada que los inmigrantes sean protegidos contra la discriminación y que se les otorga el derecho a la ciudadanía. Deberíamos tener la suficiente confianza en nuestras instituciones liberales democráticas como para no creer que sea necesario inculcar un concepto homogéneo de identidad y ciudadanía para asegurar una integración satisfactoria de los inmigrantes. Nos podemos ofrecer el lujo de ser tolerantes de la diversidad. En ningún país occidental, los inmigrantes han representado una amenaza a la libertad democrática. La distancia cultural entre los inmigrantes musulmanes y la mayoría de los europeos no es más grande de lo que fue hace un siglo entre los católicos irlandeses y la mayoría blanca protestante de EE.UU. De una forma u otra, los inmigrantes se van a integrar. La pregunta es: ¿cuál es la forma menos conflictiva y más mutuamente respetuosa? Atrincherarse al abrigo de prácticas e instituciones seculares como si fueran sagradas es absurdo.

Cuando la adopción de reformas multiculturales no representa una amenaza a nuestros valores liberales fundamentales -democracia, protección de los derechos individuales, igual dignidad de todas las razas y religiones-, nos podemos permitir ser flexibles, creativos y atentos al éxito o al fracaso de otros países y otros modelos.